

La construcción de la alianza entre Venezuela y Brasil (1810-2012)

Thiago Gehre*

Recibido: 04/04/2012

Aceptado: 08/07/2012

RESUMEN

La historia de las relaciones entre Brasil y Venezuela es una historia de una alianza que tiene un sentido peculiar en las relaciones internacionales, destacándose por ocupar un lugar en la jerarquía de la sociedad internacional, así como en la política de América del Sur. Para entender la historia de esta alianza internacional, es necesario mirar hacia el pasado lejano, sus orígenes y los lazos históricos, así como analizar e interpretar el pasado reciente y la interacción entre sentimientos tan dispares como el regionalismo y la resistencia. Es importante prever los impactos del dinamismo económico y las medidas de fomento de la confianza para el futuro de la asociación, así como entender los elementos de la longevidad en la relación entre Brasil y Venezuela.

Palabras clave: Historia de las Relaciones Internacionales de Brasil, Política Externa, Venezuela.

The construction of the partnership between Venezuela and Brazil (1810-2012)

ABSTRACT

The history of relations between Brazil and Venezuela is a history of partnership that has a peculiar sense in international relations, standing out to occupy a place in the hierarchy of the international society as well as in South American politics. To understand the history of this international partnership, it is necessary to look into the distant past, its origins and historical ties as well as to analyze and interpret the recent past, and the interaction between disparate feelings such as regionalism and reluctance; it is important to foresee the impacts of economic dynamism and confidence building measures for the future of the partnership, as well as to understand the elements of longevity in the relationship between Brazil and Venezuela.

Key words: History of International Relations of Brazil, Foreign Policy, Venezuela.

* Thiago Gehre es profesor del Núcleo Amazônico de Pesquisas em Relações Internacionais (NAPRI) de la Universidad Federal de Roraima, Boa Vista, Brasil. Correo electrónico: thiago.gehre@gmail.com

Introducción

El objetivo de este trabajo es estudiar la constitución de la cooperación internacional entre Brasil y Venezuela desde 1810 hasta 2012. Una “Alianza internacional”, entendida como un arreglo social, se basa en un sentido de la oportunidad histórica y una visión a largo plazo, la participación de ambos socios en una compleja red de imágenes y los intereses que afectan sus vidas diarias.

El artículo analiza los diseños de las relaciones de Brasil y Venezuela ante las amenazas de las grandes potencias extranjeras en el siglo 19 y se describen los procesos de entrelazamiento de las relaciones entre ambos países en torno a los contactos de las diferentes generaciones de los negociadores, así como los procesos de definición, revisión y ajuste de la frontera bilateral.

También se analiza el sentido de vecindad que rodea a Brasil y Venezuela en sus relaciones internacionales, en particular la solidaridad internacional, el establecimiento de una inteligencia acerca de diversos aspectos de la vida bilateral y la interconexión transfronteriza entre los dos vecinos. Asimismo, se analiza la capacidad de Brasil y Venezuela en superar el resentimiento, los incidentes y las imágenes negativas entre sí con el fin de fortalecer la alianza.

Se estudian las direcciones de los esfuerzos de Brasil y Venezuela para crear una atmósfera de confianza en sus relaciones internacionales, especialmente en la frontera norte y en relación con Guyana, a partir de las políticas de distensión y un conjunto de equilibrios regionales. En este caso, se analiza la acción de las fuerzas económicas, de su *aggiornamento* y diversificación como impulsores de la asociación brasileña-venezolana. Por último, se examina la relevancia de la colaboración entre Brasil y Venezuela a la luz de los cambios operados en las dimensiones democráticas, y la energía integradora entre 1980 y 2012.

1. Orígenes

En el inicio de las relaciones entre Brasil y Venezuela se identifican rastros de planes estratégicos en los espacios compartidos, las amenazas de control y dominación de las grandes potencias extranjeras, así como la autonomía de las reacciones que datan del siglo XIX y el establecimiento de un nuevo orden internacional en 1815, sobre todo a los cambios en la estructura del sistema colonial de América, encabezados por Caracas desde 1810 y que contó con la participación activa de los extranjeros en las diferentes fases del movimiento, como el ilustre brasileño José Inácio Abreu e Lima, que luchó en el ejército de Bolívar en la independencia de Hispano-América.

Entre 1810 y 1830, Caracas se había convertido en el epicentro de un revolucionario movimiento independentista, mientras que Río de Janeiro, se había convertido en un centro imperial dinámico en las Américas. Esta incompatibilidad marcó y siguió interfiriendo con ruido el contacto entre los dos países, como se verá a continuación. En 1822, el Imperio envió un representante para tratar los asuntos políticos en Bogotá y en 1824 recibió una invitación para unirse al Congreso Anfictiónico de Panamá, celebrado en 1826.

Al principio, Bolívar prefirió excluir el gigante sudamericano, afirmando que es una reunión de Repúblicas Hispano-Americanas. Además, las inclinaciones del Imperio de Brasil hacia las potencias europeas conservadoras generaban indisposiciones con Venezuela. Le correspondió a Francisco de Paula Santander, sin el conocimiento de Bolívar, invitar al Imperio del Brasil, que originalmente designó al Comandante Teodoro José Biancardi, Ministro del Consejo Imperial como representante en el Congreso de Panamá, ante su incapacidad para nombrar al Vizconde de San Salvador de la Patria (Salcedo-Bastardo, 2007-A: 297).

Coincidencia o no, la posible dificultad de la reunión entre países republicanos y el monárquico Brasil sería impedido por las propias restricciones brasileñas sobre la propuesta de Bolívar. Algunos historiadores sugieren que la diplomacia brasileña se mostró escéptica sobre el éxito del contrato, calificado como utópico, lo que

habría generado cierto desinterés por parte de Brasil en participar en el proyecto. El hecho es que el representante brasileño no pudo llegar a tiempo para el Congreso de Panamá, siendo la ausencia oficialmente atribuida a imprevistos geográficos (Aleixo, 2000).

En este sentido, la falta de voluntad percibida por la Venezuela de Bolívar, y el Imperio de Pedro I generó un marco de inseguridades mutuas. Por un lado, el Emperador del Brasil mantuvo una posición enfática de neutralidad en el proyecto revolucionario venezolano. Por otro lado, Bolívar fue impulsado por el general Sucre para intervenir militarmente cuando, en 1825, las tropas brasileñas invadieron Mato Grosso provincia de Chiquitos, Bolivia.

El 30 de marzo de 1830, el representante diplomático del Imperio, Luis de Souza Días, fue recibido por Bolívar, quien calculó el entorno adverso por el que pasaba Venezuela, devastado por veinte años de guerra. Bolívar había previsto necesaria la distensión de sus indisposiciones para con el vecino y por lo tanto, paso a concebir a Brasil como garante del orden republicano regional, siempre y cuando el gobierno imperial fuese guiado por los preceptos liberales constitucionales. Bolívar expresó sus deseos para garantizar “*para siempre la más perfecta amistad entre nuestras naciones, vecinas y hermanas*”. Souza Días, a su vez, tenía instrucciones de dar pruebas sinceras de la amistad imperial y de la disposición de Brasil de abrazar la causa americana (Salcedo Bastardo, 2007-B: 297; Mendible-Zurita, 1995 : 69).

A inicio de los años treinta del siglo XIX, la muerte del Libertador socavó la causa integracionista y resultó en la desintegración de la Gran Colombia y en el fortalecimiento de los separatistas venezolanos, como el general Páez. La imagen proporcionada por el gobierno de Río de Janeiro en América del Sur dibujó un panorama peligroso en el que vivía la gente hispano-americana “abrazados por el volcán de la anarquía y casi cerca de una completa aniquilación” (García 2010, p. 184).

Con esto, el Imperio de Brasil cambió su atención a la cuestión de las fronteras. El objetivo era garantizar su seguridad territorial, así que actúa en el contexto de América del Sur como una potencia *status quo*. En diciembre de 1842, el Imperio de Brasil decidió reaccionar

al marco de inseguridad jurídica y la inseguridad que marcaba las relaciones fronterizas con Venezuela que, el 26 de febrero de 1841, envió un correo en el que propone la celebración de un tratado de límites y de Londres como ubicación de las negociaciones.

Con este fin, el Emperador nombró a Miguel María Lisboa a cargo de las negociaciones para tratar cuestiones como límites y navegación, prescindiendo por el amparo británico y contándose con el perfil de la política exterior de la regencia: detener el avance de las grandes potencias y concertar con los vecinos.

Había un malestar con la condición común de América del Sur. Venezuela se estimaba presionada por los poderes hegemónicos y por un gigante de origen lusitano, mientras que la monarquía de Brasil se vio varada en un mar de nuevas repúblicas independizadas. Ambos, sin embargo, tuvieron que superar sus diferencias y hacer frente a la lógica de “*tug of war*” de la política internacional del momento.

En ese momento, las políticas expansionistas anglo-americanas estaban generando tensión y demandaban cautela por parte de Brasil y Venezuela. El conflicto anglo-americano se mantuvo durante el siglo XIX en la región de América del Sur a través de presiones económicas y políticas, así como el uso de agentes encubiertos en las sociedades de esos países para promover los intereses de las grandes potencias (Cuadernos, 2008:13).

Al poco tiempo, se articula un sistema de relaciones internacionales en la frontera norte de América del Sur, cuya dinámica de alianzas coyunturales que involucran a Brasil, Venezuela, Gran Bretaña y los EE.UU. generó, como efecto secundario, el acercamiento entre Caracas y Río de Janeiro.

El 31 de mayo de 1842, Miguel María Lisboa recibió instrucciones para que el Imperio y Venezuela acordaran en resistir la agresión externa que amenazaba la integridad del territorio de una nación y otra. En concreto, debían establecer una política de fronteras conteniendo las acciones de Inglaterra. El objetivo principal sería entonces “*uniformar la política y los esfuerzos de ambos, con el fin de que puedan oponerse, en conformidad con los intentos que se veían amenazados en común*” (Cuadernos, 2008: 13).

Al mismo tiempo, el Imperio del Brasil comenzó a sufrir diversas presiones externas para la liberación de la navegación del Amazonas, así como las amenazas de intervención directa e indirecta, como la creación de una “República del Amazonas”, presente en el imaginario político estadounidense. De hecho, la actuación de E.E.U.U. dio formas imperialistas a la codicia internacional por el río de América del Sur (Mendible-Zurita, 1995: 69; Medeiros, 1938).

En medio de una situación turbulenta debido a la persistencia de un marco de vaguedad en Brasil y el entorno amazónico, entre las décadas 30 y 60 del siglo XIX, la banda estaba abierta a las acciones interesadas de las grandes potencias. En este sentido, Felipe Pereira Leal fue enviado a Caracas para completar la misión de M. M. Lisboa.

Se puede argumentar por tanto, que uno de los factores que intervino en la maduración del tratado de límites y navegación entre Venezuela y Brasil fue la adopción de la estrategia de Brasil para la internacionalización del río Amazonas. Del mismo modo, desde el momento en que Brasil y Venezuela firmaron el acuerdo de 1859, los caminos se abrían para la concertación sobre la internacionalización del río Amazonas.

Durante la formación de la frontera norte de América del Sur, el gobierno venezolano estaba involucrado en una disputa con Gran Bretaña para la definición de las fronteras de la Guayana inglesa. La gravedad de la situación hizo que Caracas se moviese de acuerdo a los dictámenes de Washington.

A finales del siglo XIX, la diplomacia bolivariana apoyó la propuesta de EE.UU. de un acuerdo de arbitraje para proporcionar un tratamiento más eficaz a los conflictos fronterizos. En el caso de la firma de un acuerdo de esa naturaleza, el apoyo de EE.UU. garantizaría una victoria sobre la cuestión del Esequibo. Más bien, como explicó el Canciller Rojas, “*la exclusión de los pueblos del norte le quitará su más positiva eficiencia*” (Boletín 1998, p. 19).

En otro movimiento de péndulo, Caracas dependía del cultivo de buenas relaciones con el Río de Janeiro para el éxito de su emprendida contra las asechanzas del Gabinete de St. James. El ministro plenipotenciario de Venezuela en Brasil, Jacinto Regino

Pachano, había recibido instrucciones de seguir el progreso de una propuesta de un Congreso Americano de Arbitraje, para, tan pronto como sea posible, entrar en negociaciones con el gobierno de Brasil.

El 2 de febrero de 1897, el tema del Esequibo fue conducido al arbitraje internacional y un tratado internacional firmado en Washington conformó un tribunal ad hoc, integrado por dos jueces estadounidenses, dos ingleses y una presidencia de Rusia. Posteriormente, las deliberaciones fueron trasladadas a París, siendo el informe publicado el 3 octubre de 1899. En resumen, el informe de París de 1899 se convirtió en uno de los motivadores de la política revisionista venezolana, alimentando el recelo y el resentimiento de Caracas con el entorno fronterizo suramericano. Con el advenimiento de los intereses petroleros a inicios del siglo XX, los europeos comenzaron a vislumbrar la importancia geopolítica y económica del Caribe. Los intereses británicos, por ejemplo, demostraban la complejidad del juego de las grandes potencias en América Latina, incluida la cuestión por el Esequibo, la libertad de navegación en el río Orinoco y las instalaciones de comercio a los súbditos de la Corona Inglesa (Tarver y Frederick, 2006: 79).

En este caso, se aprovecharon de las décadas de crisis y conflicto interno en Venezuela, que minaban la resistencia nacional, para llevar a cabo un duro golpe al vecino brasileño. Así, en 1902, Inglaterra, Alemania e Italia reclamaron el no pago de las deudas a las empresas y los ciudadanos de esos países. El 7 de diciembre de ese año enviaron un ultimátum de 48 horas al gobierno venezolano a pagar sus deudas. Castro, sin embargo, rechazó, precipitando un bloqueo naval, lo que llevó a la incautación de buques mercantes, el bombardeo de los puertos y la amenaza de desembarque de tropas.

El bloqueo, que escalonó a la violencia con la anuencia de los EE.UU., curiosamente, terminó con la intervención de sus propios buques de guerra estadounidenses, que llegaron a la región a principios de 1903. Castro capitalizó políticamente la agresión extranjera para consolidar su gobierno, proclamando que "*la planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria*" (Salcedo Bastardo, 2007-B: 402).

Brasil estaría involucrado en otra disputa ahora en contra de los norteamericanos, como administrador de los intereses de ambas partes. En ese momento, Lima ya había terminado su misión en Caracas y fue sucedido por Luiz Rodrigues Ferreira de Lorena, encargado de negocios, quien fue ascendido a Ministro Plenipotenciario en 1908.

El 20 de junio de 1908, Jacob Sleeper, encargado de negocios *ad ínterim* de los Estados Unidos, informó al Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, José de Jesús Paúl en Caracas que la presencia de un representante de los Estados Unidos ya no sería útil, por lo que decidió cerrar la legación y poner “*sus intereses, propiedad y archivo en Venezuela en manos del representante del Brasil, país que afablemente ha consentido en encargarse de ellos*”(Boletín, 1999: 385).

La crisis venezolana-estadounidense iba a durar por varios meses hasta que, el 14 de diciembre de 1908, Cipriano Castro viajó a Europa por motivos de salud. El mismo día, grupos de la oposición pidieron la intervención armada de los EE.UU. para asegurar la estabilidad del nuevo gobierno que apareció. Quedaba, entonces, al ministro brasileño Lorena Ferreira mediar en las conversaciones entre Washington y Caracas, y preparar la transición hacia el nuevo gobierno. Lorena Ferreira informó por telegrama: “*Reacción contra general Castro iniciada. (...)Halla conveniente presencia nave de guerra norteamericana. La Guaira previsión de acontecimientos*” (Boletín, 1999: 388.).

Calmados los ánimos, la mediación brasileña marcó el deseo de normalizar las relaciones bilaterales. La respuesta llegó con la designación como representante diplomático de William J. Buchanan, responsable de la reanudación de contactos diplomáticos directos, mediante el envío de fuerza naval para asegurar el nuevo gobierno en el poder; y con la llegada al poder de Juan Vicente Gómez (1908-1935), que alineó a Caracas incondicionalmente a Washington.

Así, el origen de las relaciones entre Brasil y Venezuela se contextualiza en los cambios operados en el sistema internacional del siglo XIX, en respuesta al avance de las grandes potencias en la región de América del Sur, particularmente en la frontera norte, lo

que condujo a reacciones concertadas como las que condujeron a la firma del tratado de límites y navegación en 1859.

2. Los lazos históricos

La historia de la alianza entre Brasil y Venezuela se basa en la constitución de lazos históricos del siglo XIX, especialmente con la demarcación de las fronteras, las políticas revisionistas y los ajustes realizados por los Ministerios de Relaciones Exteriores, negociadores y técnicos demarcadores de los dos vecinos.

El principal punto de la agenda bilateral era el “nudo gordiano” de los límites, que empató el Brasil a Venezuela y viceversa. Una de las regiones que suscitó incertidumbre se encontraba al sur del Canal de Casiquiare. Esta región tenía como centro de apoyo el Fuerte de San Carlos y parecía la mejor opción para trazar la línea divisoria entre Brasil y Venezuela.

Recayó sobre el enviado brasileño Miguel María Lisboa cosechar evidencias de la necesidad de un tratado efectivo de límites. El tema de la frontera era un obstáculo capital para el levantamiento de una nueva era en las relaciones entre Brasil y Venezuela. Luego era real la posibilidad de ampliar el comercio entre el Cantón del Rio Negro, Manaos y Boa Vista, en la frontera norte, lo que podría ser estimulado a favor de las empresas brasileñas en la región.

Otro nudo estaba en el choque entre principios de negociación. Parecía haber una incoherencia entre el principio de *uti possidetis* y el límite previamente establecido para el comercio. Esto, debido a que Brasil ya había concertado con Bolivia y Uruguay el principio de *uti possidetis*, y que, en opinión de Miguel María Lisboa, no se aplicaría a la región sur del Casiquiare. Por un lado, sostener el principio, estando “de las manos” con Venezuela sobre el tema de Pirara y, por el otro, pugnar, sería inconsecuente, apolítico e incluso indigno de la tradición del Imperio.

El panorama fronterizo entre Brasil y Venezuela era peculiar en comparación con el de la región de Prata. La baja densidad de población, el difícil acceso por tierra, incluso por vías fluviales, formaban rincones prácticamente aislados de sus centros en cada

lado de la frontera. El aislamiento de los centros nacionales impedía el contacto inter-fronterizo entre esos lugares, especialmente en el estado de Pará y el Cantón del Río Negro en Venezuela.

Por el lado brasileño, surgían temores de la formación de enclaves venezolanos en las áreas adyacentes y los relatos de desertión de militares brasileños, como del fuerte Marabitanas. Sin embargo, se mantuvo una sombra de inseguridad fronteriza. Por un lado, el creciente peligro de la instalación de colonias militares en la frontera; por el otro, el que áreas abandonadas florecieran y ganasen importancia, agudizando la codicia y la ambición de los habitantes de la frontera y complicando, aún más, los problemas de la propiedad (Cuadernos, 2008: 158).

Con tantas incertidumbres, Lisboa llegó a sugerirle a la Secretaría de Estado la presencia de un buque de guerra brasileño, que podría salir del cuartel general de Pará y llegar a Venezuela en menos de una semana y que *“produciría aquí una situación muy ventajosa al Imperio, manifestando que tenemos fuerzas con que sustentar nuestros derechos y que las podemos presentar en las costas de Venezuela en pocos días”* (Cuadernos, 2008: 93).

La misión de Miguel María Lisboa fue interrumpida, oficialmente, el 17 de julio de 1847, llevando, entre 1847 y 1852, a una breve interrupción en las relaciones bilaterales, hasta que regresó a Caracas el 21 de octubre de 1852, como ministro residente en una misión especial junto a las repúblicas de Venezuela, Ecuador y Nueva Granada. El objetivo de su segundo viaje sería el de completar un “sistema amazónico”, mediante acuerdos sobre límites y navegación con aquellos estados (Cuadernos, 2009: 17-39).

Por último, Brasil y Venezuela firmaron un acuerdo en materia de extradición y límites el 25 de noviembre de 1852, pero los tratados ya firmados, se varaban en la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de Venezuela, y las discusiones fueron siendo aplazadas para las sesiones del próximo año. Dada la reticencia, no había certeza de la aprobación del tratado y M. M. Lisboa admitió el 07 de mayo 1853, “no doy por concluida mi misión”, antes de viajar a Bogotá a negociar con los neo-granadinos (Cuadernos 2009: 83-84).

Fue entonces que llegó a Caracas Felipe José Pereira Leal, como encargado de negocios del Imperio, con la esperanza de sellar de una vez por todas los destinos fronterizos de Brasil con Venezuela, pero consciente del conjunto de dificultades: la disolución de la Gran Colombia en 1830, la falta de un acta internacional vigente que definiese los límites entre los dos países; dificultades enormes enfrentadas por su predecesor, que había pasado casi una década en Caracas, sin lograr su misión original.

El resultado de las negociaciones parece haber favorecido a Brasil, por cuanto Felipe Pereira Leal logró incluir en el tratado de 1859, todas las disposiciones sugeridas por el Consejo de Estado del Imperio. En primer lugar, se negocia un único acuerdo sobre límites y navegación fluvial; en segundo lugar, los límites naturales fueron valorizados, de acuerdo a la definición de las cordilleras, ríos y otras referencias naturales como marcos indiscutibles de territorialidad de Brasil y Venezuela.

El acuerdo alcanzó el Congreso venezolano y no escatimó críticas, como la del diputado Francisco Michelena Rojas que lo descalificó por ser vergonzoso y perjudicial para el país por las pérdidas territoriales. Además, el acuerdo fluvial fue criticado por mantener a Brasil como dominante del comercio y de la navegación del Amazonas (Mendible-Zurita, 1995: 80).

Aunque la “probable fricción en el futuro” no había sido eliminada por completo, el impacto, sobre las relaciones bilaterales, de la firma del tratado de 1859 era profundo. En primer lugar, cavó el marco jurídico de referencia para el inicio de la asociación brasileña-venezolana. En segundo lugar, fueron establecidos los límites fronterizos actuales y el diseño predominante de la frontera norte de Brasil; en tercer lugar, se construyó un aura tenue de seguridad mutua en una región inestable y lleno de problemas que envolvían a las grandes potencias como Gran Bretaña, Países Bajos y Francia.

A pesar de los avances derivados de la firma del tratado de 1859, Brasil y Venezuela continuarían, en las décadas siguientes, tratando de resolver detalles como la colocación de marcos limítrofes. Por otra parte, la desconfianza en ambas partes, respecto a los términos y las consecuencias de ese tratado, colocarían las relaciones entre

los dos países en un proceso lento, agravando el revisionismo fronterizo.

En ese momento, cernía el temor de que la libertad de navegación otorgada por los vecinos amazónicos, con el tiempo, podría provocar intromisiones en Venezuela por sus ríos internos. Se temían las incursiones armadas de extranjeros y nacionales, que promoviesen la impunidad, aprovechándose de la falta de acción coercitiva de los gobiernos provinciales. Por lo tanto, los venezolanos creían poder utilizar los cursos de los ríos en Brasil, en caso de emergencia, para emplear buques armados que debieran coaccionar con mayor eficacia las amenazas a su territorio. Como resultado de ello, el florecimiento del comercio y la ocupación de esas zonas alejadas del territorio serían promovidos.

Por lo tanto, el proceso histórico de largo plazo que había originado en el siglo XIX culminó con la firma de un *modus vivendi* el 11 de junio de 1940, a través del intercambio de notas entre los gobiernos de ambos países. El objetivo específico de este instrumento fue regular el comercio entre Brasil y Venezuela, y consistía en otorgar un trato recíproco e incondicional de nación más favorecida a ambos. Por lo tanto, el peso de la formalización del *modus vivendi* fue evidente en el aumento del flujo de comercio entre los dos países, con poca importancia antes de 1940.

3. Vecindad

La idea motriz de la integración y la idea misma de la evolución en América del Sur se nutren de un diseño de vecindad representado por la existencia de intereses en conjunto, un lugar común en el que se vive, el mismo patrimonio histórico, la propagación de ideales similares y unión por lazos espirituales o por alianzas políticas y económicas.

El sentido de la vecindad es expresado más intensamente por la idea de “solidaridad americana”, refiriéndose a la unión de repúblicas del continente frente a la agresión a la comunidad de países de la región. Por otra parte, la solidaridad implica un doble aspecto: era prácticamente un pacto de alianza ofensivo-defensivo.

Tanto debería ayudar al atacado a defenderse, debería promover la cooperación entre los diferentes países con el fin de repeler eventuales agresiones.

Brasil ha avanzado imbuido del espíritu de vecindad americanista. Colaboró con la conformación de la Organización de Estados Americanos en 1948, un pilar importante del sistema interamericano después de la 2^a Guerra Mundial. Sin embargo, reacio a separarse de la alineación tradicional, económica y política de Washington, se crearon fuerzas disgregadoras (que generaron recelos y desconfianza) en el propio contexto regional.

Mientras tanto, Venezuela desarrolló una preferencia diplomática por los foros institucionales de la OEA y de la ONU como canales de comunicación y resolución de problemas en el ámbito internacional.

Otro aspecto de la solidaridad naciente del sentido de vecindad se refiere a la contención del comunismo. En la década de 1950, la embajada de Venezuela en Río de Janeiro, seguía de cerca el movimiento de Brasil en torno a una “cruzada anticomunista” (Informe, 1952).

Para mitigar ese ambiente internacional cargado de ideologías, podría haberse mejorado el sentido de vecindad, mediante la recuperación del panamericanismo. Sin embargo, la paranoia comunista perturbó los intereses comunes de ambos países vecinos, y en vista de eso Brasil dio prioridad a la asociación con el poder dominante de la región (Informe, 1953).

Las circunstancias en tiempos de la Guerra Fría llevó la imagen de Venezuela sobre Brasil a alternar entre recelo y admiración. En las palabras del Embajador Rafael Gallegos Medina, era posible encontrar un rastro de la doble imagen que se estaba formando en el tiempo. Por un lado, advertía del desconocimiento general de los pueblos entre sí y de la necesidad de un “*común esfuerzo para destruir aquella tan cantada barrera de selva que nos separa.*” Por otro lado, ensalzaba el “*ejemplar progreso del Brasil; su transformación económica; la inexistencia de prejuicios raciales; la unidad del pueblo; sus intelectuales*” (Boletín, 1998: 39-40.).

En la década de 1950 comenzó a ser promovida una inteligencia bilateral entre los brasileños y venezolanos. La Casa Amarilla

se informó de una reunión celebrada entre el 24 de enero y 7 de febrero de 1954, en el Palacio de Itamaraty en Río de Janeiro, a la que asistieron los embajadores de Brasil acreditados en los países de América Latina. Oficialmente, el canciller Vicente Rao dijo que era una ocasión importante para fomentar la comunicación entre los diferentes representantes de Brasil para la comprensión mutua de sus situaciones (Informe, 1954).

Sin embargo, Gallegos Medina evaluó la reunión como una de prueba de ajuste de la política interamericana en Brasil. Adicionalmente, en opinión de la Casa Amarilla, el cambio de la política exterior brasileña, pretendida en Itamaraty, se debió al acercamiento argentino-estadounidense y la pérdida natural del espacio en la región de Brasil.

La embajada de Venezuela en Río de Janeiro estaba atenta a las fluctuaciones coyunturales de “nuestro vecino del sur.” La creciente inestabilidad económica, las críticas de la prensa y del empresariado, la oposición de elementos sindicalistas y de trabajo corroían las bases de la gobernabilidad. Por otra parte, el aumento de la corrupción y la penetración comunista dio impulso a militares insatisfechos colocando presión sobre Vargas.

En este punto, los medios de comunicación nacionales, especialmente los oficialistas, cerrarían filas contra los regímenes dictatoriales en América Latina. En particular, la *Tribuna da Imprensa*, tomó una posición sensacionalista y se opuso a Caracas, con la difusión de ideas contrarias al gobierno del general Marcos Pérez Jiménez.

En la mañana del 25 de junio de 1958, Oscar Pires do Rio se reunió con el Director de Política Internacional de la Casa Amarilla, ahora para discutir el plan Kubitschek u Operación Panamericana. Las instrucciones recibidas de la Secretaría de Estado marcaron el tema en cuatro áreas a tratar con el vecino bolivariano.

En primer lugar, se trataba de una propuesta de revisión de la política continental a fin de dar concreción al panamericanismo. En segundo lugar, era necesario dejar en claro que Brasil no aspira a un liderazgo regional. En tercer lugar, el énfasis caería en el carácter multilateral, sin interferencias en las relaciones bilaterales con los

EE.UU., especialmente en el financiero y comercial. Por último, debía llevarse a cabo una conferencia interamericana que abordaría el problema del subdesarrollo.

La Casa Amarilla ha seguido expresando un cierto interés en la propuesta brasileña “*nosotros tenemos que ver con simpatía la posición del Brasil, cuando reclama una acción conjunta para la eliminación de los grandes problemas de América Latina*”, dice el Ministro de Relaciones Exteriores René de Sola (Memorándum, 1958).

Las ideas y concepciones panamericanas de la Operación JK hicieron intensificar el sentimiento de vecindad bolivariana en la América hispana. Por lo tanto, las preocupaciones de Caracas, que moldearon su papel en relación con la OPA, fueron básicamente dos: no debilitar la OEA con la creación de un sistema institucional paralelo y defender el sistema democrático como requisito previo para la participación en la OPA (Informe, 1958).

De todos modos, podemos decir que la posición de Venezuela sobre la oferta era de “especial interés” para el Ministerio de Relaciones Exteriores, por su atractivo interamericanista y por representar las urgentes necesidades políticas, sociales y económicas de las naciones de la región.

La Casa Amarilla entendía que “*la paz internacional no puede ser sino la consecuencia de la paz interna en cada uno de los miembros de la comunidad universal*” y por lo tanto, aplaudía las iniciativas tales como la de Brasil. Más aun, el Embajador Mariano Picón Salas hizo eco de este pensamiento ya expresado por el canciller René de Sola, de que la posibilidad de superación conjunta de los “*grandes problemas de América Latina*”, atraía la atención y simpatía a la propuesta del Brasil (Memorando, 1958; Diario SP, 1958; Revista de Brasil, 1958).

En opinión del presidente JK, con la OPA sería posible rescatar los lazos de vecindad a partir del concepto de la solidaridad continental, proyectando en la región una acción contra el subdesarrollo económico. Con eso, el mandatario brasileño divulgaba una filosofía política de inclinación democrática contra los peligros y la violencia del materialismo anticomunista y anticristiano.

Los avances de las décadas 1950 y 1960 dieron un salto de calidad cuando los presidentes Medici y Caldera se reunieron en la región fronteriza. Así, el año 1972 fue de ajustes entre los dos gobiernos, que trataban de disipar las dudas y establecer algunas prioridades, abriendo un horizonte de comprensión para la reunión entre Médici y Caldera el 20 de febrero de 1973.

La vecindad sigue siendo un sello distintivo de la asociación entre Brasil y Venezuela, poblando la historia de los dos países y referenciando acciones, políticas e iniciativas.

4. Resistencia

Tiempos tormentosos involucraron a los gobiernos de Brasil y Venezuela en la década de 1960 y el potencial de la asociación se pondría a prueba en otro tipo de sentimiento profundo que se manifestaría en el entorno social y político: la renuencia manifestada por las dudas, los temores y las divisiones sobre las motivaciones y comportamientos de los dos vecinos.

En este caso, los preceptos hegemónicos o imperialistas, interpretaciones erróneas de las intenciones del otro, choques ideológicos y de principios traducidos en crisis diplomáticas, dieron pie a una imagen de desconfianza mutua, que impondría una marcha renuente y generaría posiciones retraídas en las relaciones entre Brasil y Venezuela.

Ciertamente, Brasil alcanzó en la década de 1960, una magnitud desproporcionada en América del Sur, con más de 70 millones de habitantes, lo que acreditaría al país para aplicar una política de potencia regional. Sin embargo, el gigante sudamericano todavía no era capaz de crear confianza en su región (Estado SP, 2007; El Nacional, La Esfera: 1961).

Para Salcedo-Bastardo (2007), Brasil veía en Venezuela, un antro de personas turbulentas, apresuradas y confusas, sin grandes actitudes cordiales y de convergencia. “*Brasil nos mira desde su olimpo de gran país, de inmenso y fabuloso país*”, espetó el embajador de Venezuela al describir el vecino del sur.

Sin embargo, los años 1960 fueron decisivos para poner la cuestión cubana en el enfoque de la política interamericana y

bloquear los entendimientos bilaterales entre los brasileños y venezolanos. De hecho, los efectos de la Revolución Cubana, un intento fallido de la invasión de EE.UU. y la crisis de los misiles en octubre de 1962 atrajo la atención de los brasileños y los venezolanos para la estabilización regional, sin embargo, cada país defendiendo posiciones diferentes.

En este caso, la percepción de la Casa Amarilla fue que Brasil podría tener un papel importante para abrir los caminos de diálogo en la crisis cubana, lo que molestó a Caracas. De todo lo hecho, la elevación de la importancia de Brasil y del consenso de ese papel universalista debían ser tomados en cuenta en los cálculos estratégicos de la Casa Amarilla. Conforme a Tirado, se debe “*considerar cuidadosamente esta ambición brasileña para el futuro de la convivencia americana*” (Informe, 1962).

En los casos de Cuba y de la República Dominicana, que acabaron por enlazar Brasil a Venezuela, la doctrina Betancourt fue aplicada con la finalidad más amplia y general de preservar la estabilidad democrática regional y venezolana, demostrando el alcance del principio como apoyo de una estrategia de inserción internacional.

En el contexto regional, se hizo eco de la denuncia de Venezuela contra Cuba en la OEA. Brasil presentó su posición a favor de convocar el foro de consulta y el establecimiento de una comisión de investigación para que llevara cabo una investigación exhaustiva en ambos lados. Sin embargo, frustraba a Caracas el hecho de que el Brasil no asumiera una posición más contundente contra la penetración castro-comunista en América del Sur.

En la medida en que la doctrina Betancourt se afirmó como el direccionamiento para las gestaciones sobre la política internacional, articuladas entre el Palacio de Miraflores y la Casa Amarilla y bajo la tutela de los principales partidos políticos como AD y URD, del lado brasileño, el PEI se utilizó para “alargar el radio de acción” de la diplomacia brasileña y, por lo tanto, de Brasil en sus relaciones internacionales, haciendo que la política exterior construyese un proyecto a largo plazo para la nación.

Otro acontecimiento que puso a prueba la resistencia de la asociación brasileña-venezolana se refiere al incidente con el barco

de motor Anzoátegui. Alrededor de las seis de la tarde, el día 12 de febrero 1963, ocho hombres armados con ametralladoras, pistolas y revólveres, tomaron por la fuerza el control de la nave de la marina mercante de bandera venezolana “Anzoátegui”, pocas horas antes de salir del puerto de La Guaira.

Dirigidos por Wismar Medina Rojas, un grupo de amotinados, habían logrado subir a bordo del barco de motor con los armamentos. Sin levantar sospechas, se identificaron como miembros de las “Fuerzas Armadas de Liberación Nacional” (FALN). La acción tenía por objeto llamar la atención del mundo hacia su causa revolucionaria; el barco tendría como destino Cuba.

El episodio ocurrió en una semana conflictiva, a causa de una serie de actos de terrorismo, atentados con bombas, incendios provocados, tiroteos, asesinatos de policías, todo dirigido a afectar el año electoral y la consolidación democrática en el país. Por lo tanto, el momento parecía perfecto para la acción, debido a la campaña electoral del año 1963 (Tarver y Frederick, 2006: 101-121).

El embajador brasileño en Caracas, Antonio Correa de Lago dijo en el momento que estaba *“convencido de que sería fuente de problemas para Brasil”* el establecimiento de una *“dictadura de izquierda o de derecha”* en Venezuela y que por lo tanto, *“estaremos sirviendo al nuestro mejor interés dando, en lo que esté a nuestro alcance, el apoyo a la consolidación de un gobierno constitucional en este país.”* A Brasil le interesaba la estabilidad política del vecino (Telegrama, 1963).

El incidente de Anzoátegui puso de relieve el profundo resentimiento como una fuerza profunda capaz de influir en la dirección de las relaciones bilaterales entre Brasil y Venezuela, y bien permitió capturar la coyuntura que precedió la suspensión de las relaciones diplomáticas, delimitando el significado de “ruptura” entre Brasil y Venezuela.

En la erupción de resentimiento, siguió un presentimiento: que el curso de las relaciones bilaterales entre Brasil y Venezuela llegarían a la “ruptura”. En este caso, varios aspectos marcaron el marco coyuntural para la suspensión de las relaciones bilaterales y dibujó un panorama de incertidumbre y vaguedad en el contexto

interno de Brasil: la renuncia de Quadros, descrita como repentina y espectacular el 25 de agosto de 1961; las laderas comunistas del gobierno Jango; las sucesivas crisis militares (mayo, junio y agosto de 1963); las incitaciones de Lacerda contra el gobierno federal; la sublevación de los sargentos el 12 de septiembre de 1963; las graves dificultades económicas en Brasil; y por último, el dramático derrocamiento de Jango (Telegrama, 1963).

En una nota de fecha 13 de abril de 1964, Antonio Correa do Lago informó al Ministro Borges que Castelo Branco había sido elegido el 11 de marzo, por mayoría absoluta en una sesión conjunta del Congreso Nacional. El 17 de abril, el presidente venezolano decidió suspender las relaciones diplomáticas con Brasil.

Poco después, un comunicado oficial del gobierno venezolano, de fecha 17 de abril de 1964, anunció la fatídica suspensión de las relaciones diplomáticas. La decisión fue justificada sobre la base de tres elementos de coherencia: 1) La situación creada en Brasil por los últimos acontecimientos políticos en el país (leer el “movimiento militar” del 31 de marzo de 1964), 2) Las exigencias del sistema interamericano en garantizar la libertad y la democracia, y 3) El respeto a la “política exterior de principios”, especialmente de la doctrina Betancourt (Telegrama, 1963).

El caso de la suspensión de las relaciones diplomáticas con Brasil fue la decisión más polémica entre las sucesivas rupturas que tuvieron lugar bajo la égida de la doctrina Betancourt, marcando el contexto social en Venezuela y contaminando la opinión pública, los medios de comunicación y el gobierno. En el episodio, los medios de comunicación fueron responsables de la difusión de un clima de histeria e incertidumbre, llegando al extremo de alimentar los roces e indisposiciones en ambos lados (El Nacional, La Esfera, 1964).

5. Confianza

Después de todo, al final de 1966, la curva de la desconfianza bilateral parecía haber entrado en una tendencia a la baja, reflejando tres años de discusiones y debates internos en las dos sociedades, muchas oportunidades perdidas para la normalización

y una compleja red de intereses geopolíticos y económicos que se cristalizaban con el tiempo. En suma, se acumulaba entre 1963 y 1966 una inteligencia de negociación suficiente como para rehacer las relaciones diplomáticas entre los dos países.

Luego, las relaciones diplomáticas serían restauradas durante la administración de Juracy Magalhaes en Itamaraty. El 29 de diciembre 1966 el Ministro de Relaciones Exteriores, Borges, anunció la normalización de la tradicional amistad entre los dos países y Magalhaes publicó la reanudación a las 18 horas del 30 de diciembre de 1966 (Boletín, 1998: 42).

Brasil aprovechó el clima de distensión internacional de la Guerra Fría y trató de estimular el restablecimiento de la confianza mutua en la frontera norte, tratando de jugar con el equilibrio entre Caracas y Georgetown, desarmando espíritus y convalidando la confianza como una cualidad de la asociación con Venezuela.

Una corrección de las direcciones en relación a Caracas, fue operada por el Ministerio de Relaciones Exteriores cuando, en la frontera norte, señales de una onda transformadora de colonialismo afectó a la zona. El hecho nuevo que surgió en las relaciones internacionales en América del Sur fue la asociación entre los ideales comunistas y las aspiraciones por la emancipación colonial.

Además de la variable energética, múltiples factores, supuestamente, sustentarían el interés de Brasil por la Guayana. Por un lado, le habría interesado al Brasil, por razones de defensa, ganar una costa muy importante y ampliar las posibilidades de comercio con el mercado del Pacífico. Además, valía para Brasil garantizar la paz y la seguridad en América del Sur a través de la formación del llamado bloque americano.

Por otra parte, le habrían interesado las Guayanas a pasar a ser Estado de Brasil, para así disfrutar de más libertad y progreso. Además, agradaría a las potencias europeas, conociendo las dificultades de mantener las colonias, contra la lógica de la emancipación colonial, que contaminaba la política internacional (Informe, 1957-1958).

Por su experiencia en el tratamiento de asuntos regionales, el canciller brasileño Gibson Barboza estaba escaldado con los temores de la vecindad y justificaba que “*no tenemos cualquier*

pretenciosa aspiración de supremacía continental,” al hablar de la política de acercamiento con América Latina. La jugada de Brasil era envolver a “*nuestros vecinos de América del Sur*” en una “*red de aproximación*” (Barboza, 2002).

Por último, se desarrolló, de las relaciones internacionales de Brasil en el norte de América del Sur una línea estratégica: el fin de atribuir un sentido global al relacionamiento con la vecindad, sin inmiscuirse en los asuntos internos de ningún país y sin tomar partido en las disputas litigiosas, mas utilizándolo a su favor cuando sea necesario.

La confianza fue catalizada por la actitud de Brasil y Venezuela en sus relaciones bilaterales, tanto en la distensión de los enfrentamientos ideológicos que dominaban el sistema internacional, el desarme de los espíritus y la deconstrucción de las rivalidades en la frontera norte de América del Sur, así como también, acciones concertadas de política exterior propagarían la confianza como una característica esencial de la sociedad brasileña-venezolana.

Sin embargo, las direcciones de la política exterior de los dos países tomaron un camino de convergencia en el eje político-económico, facilitando el entendimiento bilateral en el horizonte de América del Sur.

Por lo tanto, se puede afirmar que la comprensión es un proceso histórico de movimiento en el largo plazo como también el direccionamiento hacia la superación de las dificultades entre dos o más países, en especial las de carácter político y económico.

6. Dinamismo

Con la crisis energética a nivel mundial en la década de 1970, Venezuela fue una vez más, un socio importante para la seguridad energética brasileña. Como señaló Lamprea “*el petróleo fue hasta el fin de los años 60, una cuestión puramente comercial, de enorme peso estratégico, mas sin una dimensión política importante para Brasil*” (Lamprea, 2010: 64).

Parecía faltar algo más sólido para impulsar dinamismo económico. La solución llegó con la visita oficial de Calvani a Brasil entre el 17 y el 20 de mayo de 1971, liderando una misión

económica a Brasil. Las delegaciones económicas de Brasil y Venezuela se reunieron en el Palacio de Itamaraty en Brasilia, y se dividieron en tres grupos de trabajo: comercio, complementación industrial y cooperación técnica. Se trataba de una misión precursora preparatoria de la reunión de los cancilleres de ambos países.

En la reunión se avanzó en tres direcciones: se realizó un examen de las características y tendencias del comercio bilateral con los países vecinos y pertenecientes a la ALALC, evaluando el potencial latente del comercio y de complementación. Se determinaron los ejes de diversificación y de reducción de las desigualdades, una consideración prioritaria para la adquisición de bienes y servicios en otro país. Por último, se identificó la deficiencia de los medios de transporte como una barrera para el desarrollo bilateral (ACTA, 1971).

Por otra parte, se recomendó el énfasis en la identificación de medidas para la diversificación del comercio, de sectores propicios a la complementación industrial y la elaboración de un proyecto de convenio sobre cooperación técnica y el intercambio científico y tecnológico.

Además, se definió un grupo encargado de estudiar el potencial de complementación de las dos economías vecinas y participantes de la ALALC, buscando fórmulas para expandir y diversificar el comercio bilateral, reducir el desequilibrio, dar prioridad a la adquisición de bienes y servicios en ambos países y hacer viable la combinación de capital brasileño y venezolano en la producción y prestación de servicios.

La posibilidad de firmar un acuerdo básico de cooperación bilateral con la visita de la misión económica en mayo de 1971, colocó a un lado la insatisfacción interna en ambos países, que ya no paralizarían el avance de los acercamientos entre Venezuela y Brasil.

El 5 de octubre de 1971, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil entró en contacto con el ministro Calvani sobre la posibilidad de reunirse para continuar las conversaciones bilaterales iniciadas en mayo. Por lo tanto, la primera reunión se llevó a cabo entre el 25 y 27 de octubre 1971 teniendo como líneas principales:

la complementación industrial, el comercio, el transporte, la cooperación técnica y la discusión del anteproyecto de acuerdo básico, y asuntos del Amazonas (La Reunión, 1971).

Con el fin de continuar con las reuniones de alto nivel entre los dos gobiernos, Mario Gibson Barbosa visitó Venezuela entre el 20 y el 23 de junio de 1973. En una declaración conjunta, Gibson Barbosa y José Alberto Zambrano Velasco, encargado de la Casa Amarilla, resaltaron en el papel de la OEA, de la ALALC y de la integración regional, y exaltaron el *“avance de las obras que conectaron Brasilia a Caracas por carretera pavimentada.”*

El embajador Hadock Lobo preveía que *“con tantos vastos horizontes por delante,”* sería posible acelerar las negociaciones y constituir un proyecto más completo para ser entregado a los presidentes Geisel y Pérez, *“hombres prácticos, ejecutivos y con voluntad de realizar”* (Telegrama, 1974).

En este contexto, se ventiló la creación de un comité mixto empresarial, que sólo tendría impactos positivos en las relaciones bilaterales, incluso si su funcionamiento dependiese de una mayor institucionalización. La preocupación del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil era evitar una superposición de competencias con otros organismos negociadores y estar presente con representantes propios para *“salvaguardar los intereses globales”* de las relaciones entre Brasil y Venezuela (Memorando, 1974).

El espacio para la ofensiva de las empresas brasileñas, como ESABRAS, parecía abrirse. Por otra parte, hubo oportunidad de aprovechar una eventual captura de las reservas que Venezuela estaría dispuesta a invertir en el extranjero, ya sea en *joint-ventures* (empresas conjuntas) o en la participación en fondos.

En este caso, recibir dinero venezolano era una forma sencilla de mejorar el clima de las relaciones bilaterales y aliviar la excesiva preocupación de los vecinos con el *“tamaño de Brasil”*, como diría Saraiva Guerreiro. El entonces Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores brasileño, Ramiro Saraiva Guerreiro, declaró en tono prudente: *“no ir con prisa a la nueva maceta, pero no avergonzarse en recibir financiación de un país financieramente fuerte como Venezuela”* (Despacho, 1974).

La íntima relación económica entre EE.UU. y Venezuela produciría sospechas, pero el plano político de Pérez dio señales acerca de la necesidad de integrar a Brasil a los países latinoamericanos para fortalecer la barrera anti-estadounidense. Hadock Lobo reflejó sobre el pragmatismo que pasaría a caracterizar la gestión de Carlos Andrés Pérez: *“los países pueden recibir ayuda, mas no renunciar a sus intereses mayores, a su prestigio, a su dignidad. Esto es elemental en las relaciones internacionales”* (Oficio, 1975).

En ese sentido, un intercambio de cartas entre Geisel y CAP, señaló a un entendimiento en el horizonte. Una vez electo, Carlos Andrés Pérez escribió a Geisel expresando un mayor interés en relaciones amplias y profundas con Brasil. Además, intercambiaron puntos de vista sobre los males de la nueva ley de EE.UU., restrictiva al comercio de ambos países, condenando la actitud de Washington y apoyando la propuesta de discutir el tema en la OEA.

La impresión en Itamaraty era de que se comenzaba una “nueva fase” en las relaciones entre Brasil y Venezuela, debido a la modificación sensible de la importancia de Brasil en el contexto de la geopolítica del petróleo, el ascenso de Carlos Andrés Pérez y de una orientación tercermundista, bien como por la disposición de Brasil de defender precios más justos para las materias primas en los mercados mundiales. Brasil, que siempre había estado lejos de los pensamientos de los vecinos del norte de América del Sur, pasó a ser elogiado por Colombia, Panamá y Venezuela.

Con la visita de Saraiva Guerreiro a Venezuela en 1979, Brasil daba “un giro de 180 grados” en América del Sur, volteándose a la región con mayor peso político, con potencial de crecimiento económico, comercial y energético. Ganaba significado real la prioridad de América Latina, dada por el presidente Figueiredo en sus discursos.

Girada hacia el norte, en la brújula de la política sudamericana de Brasil, ganó densidad con iniciativas como el Tratado de Cooperación Amazónica, contactos más estrechos con el gobierno de Julio Ayala en Colombia, la cooperación fronteriza con la República Cooperativista de Guyana, la misión de Venturini en Surinam, y sobre todo, con la atención prestada a las relaciones con Venezuela.

Entre el 6 y 8 de noviembre Herrera Campins y João Baptista Figueiredo analizaron cuidadosamente la evolución de las relaciones entre Venezuela y Brasil. Rodeado por un clima de expectativas, Figueiredo podía ver con sus propios ojos el dinamismo transformador de Caracas, siendo el primer presidente brasileño en alcanzar la capital venezolana, una vez que Medici se había reunido con Caldera en la frontera. Figueiredo llegó a caminar por las calles del centro de la capital venezolana, después de dejar el Palacio Municipal, visitando la casa donde nació Simón Bolívar.

El viaje de Figueiredo a Caracas, no se limitaría al ángulo mercantilista, pues tenía un significado político mayor. El objetivo profundo de Figueiredo era el de reafirmar la apertura política de Brasil y cristalizar las aspiraciones de normalidad institucional comunes a los gobiernos de la región.

En resumen, el *aggiornamento* de las fuerzas económicas acompañó la apertura política operada en Brasil, así como las seguidas reuniones de alto nivel entre ministros de relaciones exteriores y presidentes. Como consecuencia de ello, se viabilizaron oportunidades de negocios entre los dos países, lo que promovió el entendimiento bilateral entre brasileños y venezolanos. El dinamismo se convirtió en una característica intrínseca de la sociedad brasileña-venezolana.

7. Longevidad

Otra característica de la cooperación brasileña-venezolana es su longevidad, expresada por las olas de consolidación llevadas adelante por los gobiernos de ambos países entre 1979 y 1997, manifestándose en tres áreas principales: redemocratización, energía e integración.

La primera década de la consolidación de Venezuela-Brasil (1979-1988) se produjo en las administraciones de Luis Herrera Campins y Jaime Lusinchi por un lado y João Baptista Figueiredo y José Sarney por el otro. Esta ola fue particularmente importante en la facilitación de un giro de 180 grados realizado por Brasilia y Caracas, con el fin de realinear su política exterior. Además,

marcó los esfuerzos de las diplomacias bilaterales, de componer un esquema de las cuestiones, problemas y oportunidades para las generaciones futuras. Por último, promovió lograr un punto de gran vitalidad económica, política y social en las relaciones de Brasil y Venezuela.

La segunda ola de consolidación entre Venezuela y Brasil (1989-1997) tomó forma en las administraciones de Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera, por una parte, y Fernando Collor de Mello, Itamar Franco y Fernando Henrique Cardoso, por el otro. Esta segunda oleada se destacó en la consolidación de la dirección tomada por los dos países en sus relaciones internacionales, procuró precisar y profundizar los elementos definitorios de las relaciones bilaterales, y catapultó la asociación a partir de la vitalidad adquirida por las relaciones entre Brasil y Venezuela en la década anterior.

Viento en popa, seguido por los contactos de alto nivel, continuó inflando las velas de la dinámica de las relaciones entre los dos países y caracterizando la esencia de la sociedad duradera. En este caso, los lazos se fortalecían poco a poco y el petróleo constituía el elemento que servía para “dar volumen y substancia” a las relaciones comerciales con Venezuela. Por un lado, las posibilidades y perspectivas concretas de incrementar el comercio bilateral era un incentivo natural para la compra de petróleo venezolano por Brasil.

Parecía producirse una fuerza de impulso sobre el “péndulo de las asociaciones” en la política exterior brasileña, desde el espectro de la tradición, con Argentina, al punto de la innovación, de una alianza con Venezuela (Gehre, 2009).

En este sentido, la convergencia de las políticas exteriores de Brasil y Venezuela, facilitaría la entrada en el Caribe y conocerlo mejor; recibir el apoyo y la colaboración del grupo andino; reordenar el sistema interamericano; y revisar las relaciones con los EE.UU. Como resultado, Venezuela entra en la década de 1980 como el principal socio comercial de Brasil, relegando a Argentina a segunda posición, lo que justifica el nuevo peso que Brasil concede a su asociación con Venezuela.

La significación estratégica con que Venezuela revestía su relación con Brasil fue continuada por los presidentes Carlos

Andrés Pérez, Rafael Caldera y Hugo Chávez, a lo largo los años 1990, llevando como principales motivaciones las aspiraciones bolivarianas de unirse al Mercosur y las posibilidades concretas de establecer un eje energético entre Brasilia y Caracas en la región.

El eje energético se prolongaría en el tiempo, a medida que los proyectos se cristalizaban, tales como, la construcción de una planta, que debía producir entre 540 y 1300 megavatios de potencia, con la participación de Brasil en la construcción, para la interconexión eléctrica entre el estado Bolívar en Venezuela y el estado de Roraima en Brasil, así como el proyecto de construcción de la refinería Abreu e Lima en Pernambuco.

El balance de las relaciones comerciales en la década de 1990 señaló un crecimiento en términos de volumen acumulado de exportaciones y, especialmente, de importaciones de Brasil. Por un lado, estaba la transición de una fase del comercio bilateral más equilibrado, pero de menor intensidad entre 1989 y 1993, a otra de desequilibrio, pero de alta intensidad entre 1994 y 1997. Del mismo modo, hubo un aumento de las exportaciones brasileñas a Venezuela, pero una “explosión” de las importaciones de productos venezolanos. De cualquier forma, se podía decir que el aumento absoluto en el flujo de comercio bilateral mostraba signos de la intensificación en los intercambios entre los dos países.

Al mismo tiempo, la aproximación intensa durante las gestiones de Chávez y Luiz Inácio Lula da Silva, entre 2003 y 2010, consolidó las relaciones bilaterales entre Brasil y Venezuela en una “alianza estratégica (...) basado en tres pilares: diálogo político, la expansión del comercio de bienes y servicios e integración de la infraestructura” (RPEB, 2005: 52).

De 2003 a 2006, el cambio se mantuvo al alza, tanto en términos de ventas de Brasil como de Venezuela. Brasil exportó 2,9 mil millones dólares estadounidenses a su vecino e importó \$ 528 millones, lo que representó un aumento significativo del comercio en relación al total de 2005.

La continuidad del dinamismo económico adquirió características específicas en el caso de las relaciones entre Brasil y Venezuela. Por un lado, surgió una coincidencia de posición de rechazo al

ALCA y el deseo de incluir un “contenido social” en las propuestas de integración económica regional. Por otra parte, era notable que los acuerdos se estuviesen diseñando con la expectativa de que se convirtiesen en ganancias para los sectores económicos brasileños.

En este caso, acoplados a intensa diplomacia presidencial de Lula se constituyeron comitivas con representantes y ejecutivos de empresas brasileñas de medianas y grandes, como Odebrecht, Camargo Correa y Petrobras. Por ejemplo, se convirtió en un símbolo de la diplomacia empresarial la participación de las empresas brasileñas en la construcción del segundo puente sobre el río Orinoco.

Otra faceta de la integración se refiere a la disposición de Brasil para incluir a Venezuela en el Mercosur, a pesar, que dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil se había hecho eco, también, de opiniones contrarias. Los recientes “disparates del coronel Hugo Chavez” en contra de Brasil y el Senado de la República, dijo Lampreia, llevaba a preguntarse si sería aceptable, por ejemplo, admitir a Venezuela en el Mercosur. El ex canciller lamentaba que el “país amigo, cuyo pueblo tanto se parece con el brasileño en muchos aspectos, está ahora tapiada en un inmenso foso.” Adicionalmente, el embajador de Brasil en los EE.UU., Roberto Abdenur, llegó a afirmar que creía ser “inadecuada, indeseable y contraproducente” la entrada de Venezuela, por razones económicas, pero, sobre todo, porque iba en contra de la Cláusula Democrática del Mercosur (Estado SP, 2007; Valor, 2007).

Entre tanto, en la esfera diplomática y decisoria subsistía la percepción del costo político para impedir la entrada de Venezuela en el Mercosur, especialmente de aquellos que ya habían aprobado, como Argentina. La controversia sobre la inclusión de Venezuela en el Mercosur se disipó en los medios de comunicación y en la opinión pública, al mismo tiempo en que la Casa Civil y Presidencia de la República articularan, junto con el parlamento brasileño, la aprobación al vecino bolivariano.

Con esto, la longevidad sería reforzada, determinando la continuidad de las relaciones entre Brasil y Venezuela en el marco de la UNASUR, estimulando la renovación de las relaciones

transfronterizas y permitiendo el establecimiento de un nuevo eje de integración del Orinoco-Amazonas entre 2010-2012, que hizo todo sentido de la perspectiva histórica de la asociación brasileña-venezolana.

Consideraciones finales

Los esfuerzos de delimitación y demarcación de la frontera, así como los ajustes y revisiones constituyen los lazos históricos que han moldeado la identidad bilateral de la asociación en el tiempo entre Brasil y Venezuela.

Se ha tratado de demostrar que la historia de la alianza entre Brasil y Venezuela se transformó por la “intensa familiaridad” entre los presidentes, entre los ministerios de relaciones exteriores e incluso entre las empresas de ambos países. Los antecedentes de este proceso histórico se constituye por la condición de vecindad o cercanía, estimulante de la solidaridad; por el alto grado de resistencia y capacidad para superar las dificultades; por la activación de las fuerzas económicas que han ganado movimiento propio, con inversiones y empresas brasileñas que operan en el vecino; en definitiva, por la confianza mutua, generadora de una cultura de cooperación que prevalecería sobre imágenes negativas y otros obstáculos para la consecución de la asociación.

En este caso, el dinamismo como cualidad inherente a la alianza brasileña-venezolana sería compuesto por el creciente papel de las fuerzas económicas, por las misiones bilaterales que la respaldaban y por las reuniones políticas entre presidentes y cancilleres que catalizaban las oportunidades y movían el dinamismo del bilateralismo.

Adicionalmente, se puede afirmar que la esencia de la sociedad brasileña-venezolana se formó sobre la base de un sentido histórico de oportunidad, reflejo de la intensificación de las relaciones económicas y comerciales, de la expansión de contactos de alto nivel entre los ministros de relaciones exteriores y presidentes, así como por las decisiones políticas con alto contenido de componente estratégico.

Referencias

- AHI (1974) Despacho ao Memorando DPF/29. Confidencial, 23 de agosto, Brasília, Pasta Confidenciais, maço 811.
- Aleixo, José Carlos Brandi (2000) *O Brasil e o Congresso Anfictiônico do Panamá*. *RBPI43* (2): 170-191
- Barboza, Mario Gibson (2002) *Na diplomacia, o traço todo da vida*. 2ª Ed. Rio de Janeiro: Francisco Alves.
- Comisión de Coordinación Venezolano-Brasileña (1979) Acta Final de la I Reunión. Exp. N° 4-2. Caracas, 2 de agosto. ACMRE, Dirección de Política Internacional, Brasil.
- Correio Braziliense (1979) *Presidente sai à rua quebrando protocolo*, 8 de noviembre.
- _____ (1979) *A mudança de eixo da política exterior brasileira*, 7 de noviembre.
- Dougherty, James E. & Pfaltzgraff, Robert L (2003) *Relações Internacionais – as teorias em confronto*. Lisboa, Gradiva.
- FUNAG (2008) *Cadernos do Chdd*. Ano 7, número 13. Brasília.
- FUNAG (2009) *Cadernos do Chdd*. Ano 8, número 14. Brasília.
- Lampreia, Luiz F. (2007, Junio 10) *Chávez - o começo do fim*. Estado de São Paulo, Opinião.
- García, Eugênio Vargas (org.) (2008) *Diplomacia brasileira e política externa: documentos históricos 1493-2008*. Rio de Janeiro: Contraponto.
- Gehre, Thiago (2009) *América do Sul: a ideia brasileira em marcha*. Curitiba (Brasil): Juruá.
- INFORME (1952) *Alfaro a Exteriores*. n 216, 18 de Marzo. Rio de Janeiro (Brasil), ACMRE, DPI, 1951. Exp. 106
- _____ (1953) *Casas Briceño a Otañez*. n 29, 17 de enero. Rio de Janeiro (Brasil). ACMRE, DPI, Exp. s/n.
- _____ (1954) *Gallegos Medina a Otañez*. n 172, 27 de febrero. Rio de Janeiro (Brasil) ACMRE, DPI, Exp. s/n.
- Lampreia, Luiz Felipe (2010) *O Brasil e os ventos do mundo: memórias de cinco décadas na cena internacional*. Rio de Janeiro, Objetiva.
- Medeiros, Fernando Saboia (1938) *A liberdade de navegação do Amazonas: relações entre o Império e os Estados Unidos da América*. SP/RJ: Companhia Editora Nacional.

Mendible-Zurita, Alejandro (1995) *La familia Rio Branco y la Fijación de las fronteras entre Venezuela y Brasil: dos momentos definidores en las relaciones entre Venezuela y Brasil*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

MEMORANDO (1974), confidencial. DAM II, n 29, 23 de Julio. Pasta Confidenciales. AHI, Brasília, maço 811.

Ministerio de Relaciones Exteriores (1998) *Boletín* del Archivo de la Casa Amarilla, Año V, n 5. Caracas, MRE.

Ministerio de Relaciones Exteriores (1999) *Boletín* del Archivo de la Casa Amarilla, Año VI, n 6. Caracas, MRE.

OFICIO (1975) *Santos Lima a Secretaria de Estado*. Confidencial, n/i, 21 de Enero. Pasta Confidenciales. AHI, Brasília, maço 900.

Salcedo-Bastardo, José Luis (2007-a) *História Fundamental de Venezuela*. 11ª Ed. Caracas.

_____ (2007-b) *Bolívar: Un continente y un destino*. 14ª edición revisada. Caracas, Academia Nacional de la História.

Tarver, H. Micheal y Frederick, Julia (2006) *The history of Venezuela*. New York, Palgrave Macmillan.

TELEGRAMA (1963) *Correa do Lago para Secretaria de Estado*, secreto-urgente. n 23, 17 de febrero. Pasta Secretos Brasil-Venezuela. AHÍ, Brasília

_____, Hadock (1974) *Lobo a Secretaria de Estado*, Confidencial, n 480, 28 de Mayo. Pasta Confidenciales, AHI, Brasília, maço 811.

